Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato

Sonja Herpoel, Universidad de Utrecht

> Nací en las montañas, diez y seis leguas de León, en vn lugar que se llama Genestosa. Mi padre se llamó Pedro López y mi madre María Meléndez. Fueron muy grandes christianos y de grande caridad [...].[1]

De esta forma Inés de la Encarnación se presenta de entrada al lector de su texto, aunque sólo ocurre así después de haber recurrido a los consabidos tópicos introductorios e identificado a aquellos que le ordenaron escribir. Retazo del discurso femenino universal, su autobiografía es la de alguien que, como explica a continuación, ya en la más tierna niñez se benefició de un ejemplo alentador como lo es el de sus padres. De igual forma que en otros textos parecidos, se mencionan aquí unos casos concretos que evidencian su conducta edificante de creyentes fuera de todo reproche. De la misma manera, la transcripción detallada de una visión tenida a los cinco años en la cual Dios le pide que se case con El y promete esperarla debe simbolizar la predestinación de Inés, cuya vida se convierte después en una tentativa de respuesta continua a la llamada divina. Al considerarse una elegida privilegiada, acepta de antemano cualquier contratiempo que pudiera estorbar la tarea que le ha sido confiada, a saber la de hacer pública la voluntad del Señor.

La creciente divulgación, a lo largo del siglo XVII, de tanto manuscritos como ediciones de *Vidas* femeninas suple, aunque sólo en parte, ciertas lagunas en la historia de la mujer española. De hecho, estos textos suministran un inmenso caudal de información de primera mano: así, por ejemplo, nos permiten reconstruir su visión del mundo o conocer mejor los problemas con los que se vieron confrontados unos seres que de otra forma probablemente no hubieran dejado la menor huella en la historia de la humanidad. Al mismo tiempo una difusión bajo los auspicios de la Iglesia constituye un indicio seguro del grado de aceptación al que pudo llegar una escritura sumamente debatida en sus comienzos. Y es que la época sólo elogia a aquellas mujeres a las que no puede ignorar debido al interés general que sus ideas en un momento dado despiertan en todas las capas sociales. Si se admite por fin la palabra teresiana, esto se hace con la intención implícita de acallar otras tantas voces que, por ser menos susceptibles de integrarse sin más en el sistema de valores de la sociedad patriarcal, podrían poner en peligro el poder absoluto de la Iglesia.

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

Demasiado reacias a ser reducidas al papel tranquilizador de 'icons of the male value system', numerosas escritoras disidentes quedan así condenadas al silencio más estricto.[2] Visiblemente carentes de medios como para alzarse de forma abierta contra los superiores, en un momento dado religiosas de los estratos más diversos deciden sin embargo aceptar el desafío. Al enterarse además de que no constituyen ejemplos aislados, sino que forman parte integrante de un grupo organizado alrededor de la práctica confesional, cristianas viejas y descendientes de judíos se dan la mano en un esfuerzo conjunto por derribar la secular e indiscutida hegemonía masculina.

Y he aquí el resultado paradójico que, respaldada por algunos de los miembros más eminentes de la jerarquía eclesiástica, la religiosa española se apodera por fin de la palabra escrita. Al fijar su pensamiento, es consciente de la fuerza persuasiva de su discurso. Hasta la analfabeta ha experimentado en repetidas ocasiones su capacidad por arrastrar a los fieles, o, ya al interior del convento, por conmover incluso a sus superiores. En consecuencia, las más atrevidas reivindicarán sin rodeos el derecho de que se les escuche. Bajo la apariencia de la sumisión más absoluta aprovechan con calculada astucia la autoridad que les confiere el mandatario: desde el convento aportan un testimonio cuya perspectiva diferencia radicalmente de la masculina, debido en parte a la posición marginal que siguen ocupando en la sociedad. En un principio la Iglesia sobre todo espera encontrar un medio seguro a fin de encauzar la febril actividad femenina por derroteros juzgados inofensivos. Ocurre, sin embargo, todo lo contrario: la escritura da acceso a un mundo distinto en el que sí es lícito invertir los términos. Así, las religiosas no tardarán en apropiarse de unos papeles a los que no pueden aspirar en la vida real.

Sólo al término de innumerables discusiones internas los dignitarios religiosos se dan cuenta de la incomensurable ayuda que las confesiones femeninas les pueden brindar en su afán de proselitismo. La perspectiva prometedora de la eficacia de un discurso esencialmente represivo que legitima los mecanismos ocultos de su poder casi ilimitado les incita entonces a publicar parte de ellas. El (tal vez inesperado) éxito entre los públicos español y latinoamericano de un género tan híbrido como lo es la autobiografía espiritual, radica sin duda en gran parte en el empleo de una retórica asumida por todos, en el uso premeditado de ciertas fórmulas recurrentes que estructuran la narración, dando de este modo un punto de referencia al lector cristiano. Fácilmente reconocibles, a la medida de la sensibilidad de cualquier creyente, estas fórmulas estereotipadas, que proceden de diferentes prácticas rituales, dotan el texto de un inquebrantable marco ideológico. Al igual que sus correligionarias, Inés de la Encarnación se da perfectamente cuenta de la necesidad de respetar cuando menos esa norma. A pesar de ser analfabeta, sabe que la diferencia siempre constituye una amenaza tangible e inmediata. La larga experiencia extramuros (tiene 47 años al entrar religiosa), así como la práctica conventual la han

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

familiarizado con unas técnicas que se revelarán indispensables en su empeño. En 1627, a una edad bastante avanzada ya, empieza a dictar su relato a la entonces priora para acabarlo tan sólo siete años más tarde, poco antes de fallecer.[3]

Más de medio siglo después de su muerte, la autobiografía de esta testigo de la fundación de los conventos de Valladolid y de Palencia será publicada por un historiador de la Orden.[4] Aparece incluida en una recopilación que aspira a dar a conocer a algunas agustinas recoletas que contribuyeron a aumentar el renombre de sus respectivos conventos. Antes de ceder la palabra a la misma religiosa, Alonso de Villerino le profesa abiertamente su simpatía y aún admiración. Utilizando un lenguaje pomposo, característico del género hagiográfico, elogia su particular estilo ante el que 'se pudiera con razón acobardar lo más levantado de la mejor retórica' (p.192). Insiste repetidamente en la función modélica del discurso de la madre en la lucha contra la decadencia general que amenaza la nación. Por lo demás, garantiza la ortodoxia del texto, al invocar a Manuel Duque, provincial de Castilla y catedrático de Sagrada Escritura en la Universidad de Salamanca, quien examinó el texto con detenimiento, destacando su valor en sustanciosas anotaciones. Debidamente provista de la indispensable autorización masculina, nada impide desde luego la difusión de esta autobiografía entre un público mixto de clérigos y laicos.

Alonso de Villerino vuelve a intervenir al término del relato para transcribir el testimonio de una compañera de Inés de la Encarnación sobre su tránsito a la vida eterna. Cuenta ésta cómo la noticia de la muerte causó gran conmoción en Valladolid: 'Sin aver avisado a nadie, concurrieron a su entierro todas las personas de quenta de aquella ciudad; y entre ellos el excelentíssimo señor Conde de Benavente con sus hijos' (p.240).

Acto seguido se comenta la fama de santidad de la que gozó en la región y que estuvo al origen de las repetidas peticiones de reliquias suyas.

'Fue mi padre de los más ricos de aquella tierra [...] Contava [...] de su madre que tenía tantas bacas como días tiene el año' (p.193), nos informa algo orgullosa la autobiógrafa al principio de su texto. El elevado bienestar económico en el que pasa sus primeros años de vida pronto es sustituido por la más grave penuria a causa de las consecuencias de una sequía prolongada y la muerte de los padres en Villares, donde se había refugiado la familia. A los nueve o diez años Inés se traslada a Valladolid para ayudar a la mujer de un hombre de negocios, encontrado por casualidad. Contrariamente a sus expectaciones, cae de mal en peor. El trato al que es sometida excede su peor imaginación: la menor negligencia es reprimida con severidad y los azotes constituyen el pan de cada día. Transcurrido algún tiempo, abandona aquella casa para servir sucesivamente a varias amas bastante exigentes, aunque en ningún momento pierde el fervor religioso de los principios. Hasta se le da por fin licencia para asistir a

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

misa todos los días, a pesar de la consternación general de los vecinos, que no conciben cómo una mera criada pueda aspirar a tal privilegio.

Sólo después de largos años de servicio ininterrumpido se cumple su deseo de dedicarse exclusivamente al Señor e inicia una vida de beata. Cuenta que, después de haber pasado seis años en compañía de una señora devota, se le anuncia en una visión un futuro diferente como guía de otras mujeres, al igual que ella en busca de salvación. Sin embargo, la realización efectiva del proyecto se posterga, debido a la intervención de los confesores, que le mandan venir a Valladolid. Una vez allí, la toman a su cargo en un intento de evitar los excesos previsibles:

> El primero fue quitarme los ayunos y disciplinas, las confessiones y comuniones, las horas de oración, las imágenes y libros [...] Quitáronme el trato con compañeras y de todas las criaturas. Ocupáronme en servir la casa, y después que la tenía aliñada y limpia, hazían que me la volviesse a descomponer. (p.200)

La terapía severa a la que es sometida Inés tiene un objetivo doble: poner a prueba su obediencia y extirpar unas ideas que parecen heréticas. La ausencia de comunicación con los demás debe evitar posibles contagios. Sin embargo, la cuarentena impuesta no surte el efecto esperado y la represión del deseo empieza a manifestarse a nivel corporal. Cuando una enfermedad deja a la penitente al borde de la muerte, los confesores no ven otra solución sino darle permiso para volver a la aldea, donde efectivamente no tarda en recobrar la salud. En adelante, el aislamiento, la ayuda al próximo, pero sobre todo la oración llenan de sentido su existencia. Pronto cunde su ejemplo: lo inusitado de su estilo de vida llama la atención de estas mujeres que, como ella, esperan llegar a Dios. Como le había sido anunciado en la visión mencionada antes, se forma de modo espontáneo alrededor de su persona un grupo de seguidoras fervorosas, aunque, al igual que la mayoría de sus predecesoras beatas, Inés de la Encarnación tampoco escapa de la crítica:

> Tuve grandes persecuciones y mis compañeras por mí, que éramos diez y siete. Dávalas Nuestro Señor mucha paciencia. De mí dezían que les enseñava tales cosas que merecía me hechassen del lugar a pedradas. Y como veían que iba cada mes a Valladolid, dezían que venía a la Inquisición y se escandalizavan mucho (p.201).

Sin más explicaciones sobre el verdadero alcance de su papel, Inés de la Encarnación subraya su disposición a aceptar las eventuales consecuencias de su conducta. Según se desprende de algunas indicaciones esparcidas, el episodio se sitúa hacia finales del siglo XVI, cuando la reforma teresiana está en plena expansión y otras tantas se preparan. Se sabe cómo en la España de la época hicieron escuela diferentes formas de religiosidad

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

personal, que las autoridades eclesiásticas intentaron arrancar de raíz. Dentro del movimiento que se suele designar por 'iluminismo' existieron varias tendencias que – cada una a su manera – se hicieron eco de las ideas reformatorias propagadas por el cardenal Cisneros. Entre esos dejados, recogidos, reformadores o alumbrados, siempre y dondequiera las beatas ocuparon un lugar preferente. Si la gente común ya no se acuerda de Francisca Hernández y su grupo de admiradores o de María de Santo Domingo, en su día conocida como la beata de Piedrahita, el escándalo provocado por algunos procesos recientes sigue presente en la mente de todos.

En un artículo tan interesante como sugestivo, Claire Guilhem ha estudiado entre otros el papel desempeñado por las beatas que reivindicaron 'l'autorité du savoir des femmes, leur droit à la parole et aux aventures de la foi'.[5] Como otras tantas mujeres, también la futura Inés de la Encarnación se manifiesta como sujeto mediante la exaltación de este *yo* íntimo. Al apoderarse de la fe, al construirse una religiosidad a su medida, halla en la realización de los proyectos enterrados durante largo tiempo su pleno desarrollo como persona. Sin embargo, cabe destacar aquí que, al hacerlo, no actúa de forma totalmente libre, ya que por lo visto sigue bajo la tutela de sus confesores vallisoletanos. A pesar de las protestaciones de lo contrario, es bien consciente de los peligros que pudiera entrañar una conducta irreflexiva, por lo que continúa pidiéndoles consejo. Es demasiado fragil la línea que separa a las mujeres ortodoxas de las sospechosas. Desafiar abiertamente el poder eclesiástico era un medio seguro para terminar ante la temida Inquisición.

Entretanto, la sospecha que planea sobre ella en la aldea es de peso. Posiblemente en parte a modo de defensa, Inés inicia unos trámites que desembocan en la admisión de tres de sus discípulas como religiosas, hecho que contribuye a aplacar los ánimos. Poco a poco la hostilidad desaparece: aparentemente, las muestras exteriores de devoción por parte del grupo operan un cambio en su favor. No obstante, aquí también la narración es sumamente elíptica a la hora de explicar las razones subyacentes a la metamorfosis espectacular que sigue. Durante la visita de unos religiosos de la Compañía de Jesús la devoción se generaliza e Inés apunta con cierto orgullo que se confiesan 'más de seiscientas personas' (p.201). Incitada por el ejemplo de las beatas, la aldea se convierte en un verdadero paraíso cristiano: 'los que no comulgaban sino es al año, o cuando mucho las Pascuas, vinieron algunos a comulgar de ocho a ocho días' (p.201).

Con ello, la fama de la beata está hecha, como se nota cuando a continuación el cura de un pueblo vecino requiere su ayuda para que también allí fomente una misma piedad. Llega a tales extremos su popularidad que se ve obligada a abandonar a sus compañeras: cuando estima que el reconocimiento visible de toda la comarca puede llevar consigo consecuencias irreparables, regresa a Valladolid. Probablemente empujada por sus confesores, pasa a vivir en casa de una viuda rica y devota, que poco después

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

entra religiosa en el convento de agustinas recoletas en Medina del Campo que ella misma acaba de fundar. Valiéndose de repetidas visiones de mujeres necesitadas de ayuda, Inés concibe la idea de construir uno ella misma, aun sabiendo que carece por completo de medios económicos. El proyecto llega a ser una verdadera obsesión, que no le deja ni un momento de descanso, de modo que en más de una ocasión está a punto de perder el ánimo. 'Sentía vna fuerza en mi coraçón que temí que estava endemoniada' (p.202). Para disimular lo aparentemente descabellado de sus planes y quitarse de encima el peso de la responsabilidad, arguye que se trata de la voluntad divina. Logra por fin su intento, al conseguir la ayuda de tres personas acomodadas. En cuanto a la fundación del convento de Valladolid, lugar donde se escribe la autobiografía, la narradora sólo recuerda la generosidad de los donadores, a los que menciona en orden de la importancia del desembolso económico: 'Ofrecióme quatro mil ducados', 'me ofreció ochocientos ducados de renta y otras cosas para la iglesia', 'daría quinientos ducados de renta para capellanías' (pp.203–04). Las dificultades con las que inevitablemente hubo de topar el proyecto, las pasa por alto hasta tal punto que para contar la transformación de la idea inicial en la realización definitiva, Inés de la Encarnación necesita exactamente una frase: 'Todo esto tuvo efecto; y esto es lo que aora goza este convento de Nuestra Señora de la Encarnación' (p.204). Reacia a explayarse sobre los sin duda dificultosos trámites requeridos, en ningún momento valora sus propias gestiones al respecto. El silencio adoptado, así como la forma impersonal de narrar hacen que el lector (como en otras ocasiones) haya de suplir, por cuenta propia, las lagunas del relato. Y es que la narradora se debate constantemente entre un fuerte impulso de decirlo todo y la prudencia que le aconseja guardar silencio.

Con todo, no terminan aquí las aspiraciones de la autobiógrafa, que ya acaricia otro proyecto, a saber un viaje a tierra de herejes: '[...] y assí me determiné a irme con vna señora llamada Luysa de Carbajal, que me quería llevar por su compañera a Inglaterra' (p.206).

Su confesor del momento, el famoso jesuita Luis de la Puente, corta de raíz sus ensueños, al negarse terminantemente a dar su aprobación. El estatus social de Luisa de Carvajal y Mendoza, con mayores medios económicos que Inés de la Encarnación y, desde luego, con mayor libertad de movimientos, hizo que ésta sí supiera llevar a cabo su intento. Pero tan sólo el mero hecho de ser escogida por esta dama noble da un indicio más de la extensión de la fama de la que disfruta Inés por entonces. En una época que valora sobremanera la santidad, su motivo principal para seguir a la misionaria aristócrata es el doble deseo de 'padecer martirio' y de 'llevar almas a Dios' (p.200), ya que habían llegado a sus oídos rumores sobre la situación trágica de los católicos ingleses en país protestante. Una vez más se resigna sin embargo ante la tajante interdicción del director espiritual.

La palabra vedada busca otras escapatorias. Inés se eclipsa para dejar paso a las voces interiores que oye continuamente. Abrasada de deseo, se

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

construye otra realidad, una realidad menos tangible, a la que no tienen acceso los censores. En consecuencia, aumentan las visiones en las que ella misma toma parte activa. De mera espectadora pasa a ser protagonista: '[...] salí de mí y me hallé entre los santos, tañendo y cantando' (p.206). El placer alcanza alturas nunca imaginadas y en más de una ocasión la religiosa termina 'anegada en vn mar de deleites' (p.235).

Al operar una selección entre unos recuerdos más o menos lejanos en el tiempo, tampoco aquí pierde de vista el propósito básico, en este caso el ejemplo *ex contrario*. '¿Pues si [Dios] esto haze con vna tan vil criatura, qué hará con sus fieles siervos ?' (p.232). A lo largo del relato la narradora se ha entregado sin cesar a una autohumillación implacable. Unos ejemplos: 'Yo la más pobre y la más ignorante criatura' (p.193), 'una criatura tan ingrata' (p.214), 'llena de soberbia y falta de resignación' (p.215), 'cuerpo tan miserable' (p.205), 'vna hormiga como yo' (p.207), 'esta vil araña' (p.235), 'donoso costal de gusanos' (p.213), 'siendo la misma ignorancia e ingratitud' (p.217), 'vna criatura que no merece la tierra que pisa' (p.229), 'siendo la más vil de todas las criaturas' (p.234), 'soy la misma maldad y miseria, merecedora de qualquier tormento y pena [...] soy el oprobio de todas [las criaturas]' (p.238). El fondo retórico de la confesión de culpas de Inés de la Encarnación es evidente. Su discurso reproduce unas fórmulas estereotipadas típicas de varias otras prácticas rituales del Siglo de Oro, como lo son, por ejemplo, las oraciones públicas de los condenados a muerte. Edmond Cros ha mostrado de qué modo la autoprofanación obligada de éstos hace eco a las ideas vehiculadas por la larga tradición de la predicación en las cárceles. El arrepentimiento no surge de modo espontáneo, sino que constituye la 'reproduction intériorisée d'une sorte de matrice idéologique dont elle ne se distingue que par un changement de perspective'.[6] En el relato de Inés de la Encarnación las experiencias más sublimes alternan constantemente con la insistencia obligatoria en la conciencia de su propia insignificancia, lo que demuestra el condicionamiento de la persona en esta época. El lenguaje ritual penetra hasta en la vida más íntima para darle al individuo un sentimiento de culpabilidad continuo.

Aunque todas las autobiógrafas recurran a la autohumillación, Inés de la Encarnación todavía no ha sabido desgarrarse de la tutela del padre confesor. En comparación con otra analfabeta, la también Agustina Isabel de Jesús, que escribe su *Vida* doce años más tarde, en 1646, su discurso resulta todavía más bien tímido. Se limita a señalar el camino a otras mujeres, pero no intenta por todos los medios convencer, ni imponer su punto de vista, como sí lo hará su correligionaria.

NOTAS

1 Citamos por la autobiografía que se encuentra en Alonso de Villerino, *Esclarecido solar de las religiosas recoletas de nuestro padre San Augustín (Y vidas de las insignes hijas de sus conventos)* (Madrid: Bernardo de Villa-

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.
Centro Virtual Cervantes

Diego, 1690), p.193.

2 Darcy Donahue, 'Writing Lives: Nuns and Confessors as Auto/biographers in early Modern Spain', in *Journal of Hispanic Philology*, 13/3 (1989), 230–39 (p.232).

3 Nace Inés en 1564 en Genestosa (León) en una familia acomodada. En 1611 entra en el convento de agustinas recoletas de Valladolid, donde muere en 1634.

4 Villerino, *Esclarecido solar [...]*. A continuación todas las referencias al libro de Villerino irán entre paréntesis.

5 Claire Guilhem, 'L'Inquisition et la dévaluation des discours féminins', en *L'Inquisition espagnole (XVe – XIXe siècle)*, editado por Bartolomé Bennassar (Paris: Hachette, 1979), 197–240 (p.202).

6 Edmond Cros, *Théorie et pratique sociocritique* (Montpellier: C.E.R.S., 1984), p.73.

AIH. Actas XII (1995). Actas XII. AIH. Inés de la Encarnación y la autobiografía por mandato. SONJA HERPOEL.

Centro Virtual Cervantes